

UNAS BREVES REFLEXIONES DESDE EL CONSEJO ESCOLAR MUNICIPAL

MIGUEL BUEN LACAMBRA
Presidente del Consejo Escolar Municipal

NOS toca un año más hacer balance de lo que ha supuesto la dedicación de este Consejo Escolar Municipal a la educación de los miembros más pequeños de la ciudadanía de Rentería. Y para no caer en la enumeración fácil de cuantas campañas, actividades y colaboraciones se han realizado desde el Consejo, queremos aprovechar la ocasión para lanzar unas breves reflexiones sobre el hecho en sí de la educación. Reflexiones que si bien hechas en la época en que esta entrañable revista *OARSO* sale a la calle y que corresponde, por tanto, con tiempo de descanso y despreocupación, estamos seguros de que no por ello dejarán de ser compañeras de otras similares que sobre el mismo tema, otros muchos, de profesión educadores en su sentido más amplio, también se hacen.

Educación, educar, educador. Un programa, un método, un agente. Términos de amplio contenido y difícil definición. Pasaron los tiempos en que el maestro de escuela, como el médico de familia, lo sabían todo sobre el espíritu y el cuerpo, respectivamente, de quienes estaban bajo su jurisdicción.

Hoy se demanda, por parte del profesorado, y no sólo por ellos, una formación más específica, sobre todo en algunos campos, como la educación física, la música, las plásticas, etc. y, en definitiva, la introducción de nuevas materias en el curriculum escolar.

Si a esto añadimos que educación no puede confundirse con instrucción, ni tampoco con formación, que el término «enseñanza» no engloba todo lo que la definición de «educación» contiene, estaremos añadiendo argumentos a la necesidad de que la educación requiere del concurso de más agentes que se sumen a la labor del maestro.

Si por último vemos como, cada vez más, aumentan los miembros de la sociedad que quieren, pueden y tienen conciencia de hacer una labor educativa, tanto desde la animación de calle, como desde la ocupación del tiempo de ocio, por medio de la expresión corporal o plástica, el desarrollo físico armónico, el conocimiento psíquico, las relaciones sociales, etc., habremos llegado a un punto de reflexión donde tal vez no resulte extraño replantearse el concepto de escuela.

Así, si en su día fue en nuestro país un objetivo a lograr la meta marcada por Jules Ferry con su escuela para todos, laica, obligatoria y gratuita, si posteriormente se vio que había que reconducir la escuela para que sus enseñantes lo fueran «para la vida» y no para quiméricas elevaciones espirituales con olvido de la realidad diaria, si no tardó en verse indispensable que la escuela no sólo debía ser para la vida, sino también «con la vida» y «en la vida», tal vez sea el momento de pregonar y difundir que «la escuela ES la vida».

Por supuesto que no estamos sugiriendo el que la escuela sea innecesaria. Nuestro apoyo y aliento a la labor del profesorado; sobre todo a quienes realizan su trabajo con la conciencia de que su reciclaje debe ser permanente y su inquietud constante. En la educación del niño, la realidad es cambiante cada día, las pautas que conforman la sociedad variables, los conocimientos técnicos, la utilización de medios didácticos, la preparación requerida en el alumnado cada día más complejos.

Y no cabe ninguna duda de que para esa inteligencia en formación, ese nuevo miembro que arriba a la sociedad se desarrolle de forma armónica e integral, se requiere el concurso del maestro, del profesor; pero no supone nada para su trabajo el admitir que él no es, desde luego, el único agente que troquela el ser futuro.

Es bueno que así sea, pues lo contrario sería, o bien pensar que la clase de los enseñantes están por encima del bien y del mal, que entre ellos no los hay inteligentes y menos, progresistas y conservadores, abiertos y reservados, alegres y huraños, o bien aceptar resignadamente aquél que a cada alumno le cayera en suerte, y según eso esperar el impreso en la sociedad de una copia exacta del profesor respectivo.

Por suerte las corrientes pedagógicas más vivas, las más sólidamente asentadas, las que más fuerte apuestan por la participación democrática de todos los estamentos en la marcha de la escuela, propugnan y van consiguiendo, venciendo reticencias sin duda, el reconocimiento efectivo del protagonismo de la familia en el proceso educativo del niño.

Pero no un protagonismo pasivo, de ejecutores de las órdenes emanadas de la escuela, seguidores de las consignas del mes, sino protagonismo donde se implica activamente y tiene, por ley y derecho ganado, su experiencia, su profesión, sus vivencias, sus dotes específicas de gestor, deportista u horticultor, pongamos como ejemplo.

Ya hemos mencionado anteriormente el efecto educativo, de conformación de pautas éticas y estéticas, de valores morales y sociales, de comportamientos ante la realidad que aportan los múltiples hechos que implican al niño: la obra de teatro, la visita a la fábrica, el campamento o el carnaval, la exposición visitada, el partido jugado o el material plástico trabajado. Todo ello implica interacciones entre el medio y el ser evolutivo, que deben recibir el nombre de educación. Es más, sólo dando una importancia creciente a cuantas actividades

atraen el interés del niño y que son capaces de mover su curiosidad e imaginación y que harán que su esfuerzo tenga aliciente, lograremos vencer esta enorme lacra que supone el fracaso escolar y que no es sino desamor a la escuela, imposibilidad de encontrar un sentido al esfuerzo que se demanda.

Así pues, superando la dicotomía de si la escuela forma la sociedad, o si es la sociedad la que configura el tipo de escuela, debemos asumir el que ambas se interrelacionan, se entremezclan e influyen, y tal vez nos convenga reflexionar a todos los implicados sobre esta responsabilidad compartida, de manera que no quepa la inhibición de nadie en la tarea educativa, ni el que nadie se arrogue tampoco el mérito exclusivo, ni la culpabilidad única en el caminar hacia una sociedad que todos queremos cada vez más justa y feliz.

